

Un Profesor

Querido amigo: Es un gusto para mí hablar de mi buen profesor Savio, mas, debo advertirle que si espera usted noticias biográficas no son muchas las que podría darle de él. Creo que debía de ser judío, mas la única prueba que tengo para afirmarlo es la de que era rico. Si quiere usted imaginárselo, observe al profesor Jacob: la misma figura, igual estatura, idéntica inclinación hacia la derecha; pero Savio no poseía esa expresión clara y sonriente; su cara era la de un hombre malhumorado y que protesta. Su indumentaria no llamaba la atención, a no ser el nudo de la corbata que no se encontraba a sus anchas sino bajo las orejas.

Desarrollaba sus conferencias puesto de pie ante la mesa; empezaba la lección apagadamente, como en un suspiro; hablaba, luego, ligero, recio, con el tono de quien hace una gran revelación, intercalando continuamente en su discurso, hasta en medio de un vocablo, la palabra "vede", (p. ej.: "Constanti-vede-nopla"); interrogando en voz baja e insidiosa, mirando fijo, y contestándose a sí mismo con estallidos de satisfacción, como si dijera: ¡Eureka! Todo esto en medio de sacudimientos de su cuerpo, levantando y bajando la cabeza como una lechuza y tornándose a derecha e izquierda. De vez en cuando en el aula sonaba, acá y allá, una risotada aguda y aparecía entonces una breve contracción en su frente.

En el Liceo y en el Instituto enseñaba historia; en la Facultad, geografía.

Mantengo la opinión de que no hubo jamás un profesor de geografía que pueda comparársele. Tal vez esta opinión mía

le sugiera a usted más la idea de mi ignorancia que la del saber de mi profesor; pero he de decirle que no llegué a cambiarla todavía. He buscado mucho sin encontrar quien se le parezca; entre relatos de viajes, novelas geográficas y tratados, creo haber leído toda una biblioteca, poniendo con los tratados el mastodónico Reclús y el Marinelli; pero sólo Ritter podría darle de él una débil idea.

Hay que notar que había recorrido medio mundo y tomado parte en expediciones con Camperios y otros exploradores y vivido en casi todos los países de Europa.

Puede ser que lo que a mí me admiraba no sea sino cosa vulgar y común para ustedes; sin embargo, no lo creo así, pues la admiración que yo experimentaba era compartida por cuantos oían sus lecciones. Yo, por mí parte, seguí tres de sus cursos: uno sobre Rusia, otro sobre Italia y el último sobre Inglaterra; además me procuré los apuntes de otros cursos y el señor De Marchi, argentino y alumno entonces de Savio en el Liceo Parini, me dió los de historia universal. Si actualmente no los tuviera en Italia, entre montones de papeles más o menos limpios, se los enviaría con verdadero placer.

En su defecto, intentaré darle una idea aproximada del curso que nos dictó sobre Inglaterra.

En primer término estudiaba las condiciones agrícolas de la región.

En agricultura, Inglaterra no admite comparación. Esto se debe, primero, a sus condiciones naturales y sobre todo a la *niebla*. Que la corriente del golfo rompe contra la isla y que Inglaterra está como en un caldero de agua caliente, todos lo sabemos; que a la evaporación de la corriente débese la niebla, si no se leyera en los tratados, sería fácil de adivinar; pero no todos reflexionan hasta advertir que la niebla llena con gran ventaja el lugar del riego; y, como puede faltar y a menudo falta la lluvia en los países que no cuentan más que con ella, pero nunca falta la niebla en Inglaterra, resulta que esta última tiene siempre sus cosechas aseguradas. Basta con la in-

dicación del fenómeno, porque largo sería seguir al profesor en la enumeración de las consecuencias resultantes.

A la corriente del golfo debe, también, la benignidad del clima; que es más templado que en una buena parte del Pó y por el cual se hace posible recoger en la isla de Wight productos semejantes a los del mediodía de Italia y de España. (No entro en detalles, como acabo de decir, aun cuando fueran curiosísimos e interesantes en sumo grado).

Libre, pues, Inglaterra, de la necesidad del riego puede emplear sin obstáculos todos sus ríos para el transporte, y sabido es cuánto más barato resulta el transporte por agua que por otros medios. Los ríos ingleses tienen, además, la particularidad de atravesar terrenos calcáreos, materia que se disuelve en el agua, sin que haya entonces, peligro de que se formen bancos de arena u otras barreras, ni de que se levante su nivel. Por tal razón, los ríos de Inglaterra no tienen delta y sus desembocaderos sirven de puertos seguros y económicos.

La fe en la ciencia caracteriza a la agricultura inglesa; el *latifundio*, que fué la ruina de Roma, es una de las causas de la riqueza de Inglaterra.

Conocidos son los motivos históricos que trajeron allí la división actual de las tierras; todos saben que se ha conservado el *fideicomiso* y que a esta circunstancia se debe el florecimiento en que se mantiene la nobleza. Una propiedad vasta exige, para ser bien cultivada, muchos labradores y una repartición menuda del terreno entre ellos, y así sucedió, en efecto, alguna vez en Inglaterra, donde el terreno estaba casi tan sobrecargado de labradores como en Italia. Mas, el desarrollo inmenso de la marina y de la industria, sin contar la extensión del imperio, contribuyeron a aligerar de agricultores la campaña, hasta el punto de que hoy, sobre un área de terreno cultivado más extensa que en Italia, no se cuentan sino unos dos millones de labradores, mientras en esta su número pasa de diez y seis millones. Tal circunstancia es decir, semejante disminución de campesinos, tan dañina para Roma, permite en Inglaterra el cultivo racional del suelo. El

uso de las máquinas y la aplicación de todos los inventos de la ciencia.

Del concurso de todos estos hechos y de otros, que creo demasiado largo enumerar, ha surgido la estancia inglesa, una de las más grandes creaciones de la inteligencia, de la laboriosidad y de la riqueza.

Y aquí, después de ponderados los beneficios de la asociación empezaba a describir las modalidades de aquella agricultura y pastoría. La estancia se divide en cuatro partes, y el producto que se cultiva en una pasa cada año a la sucesiva; tal vicisitud de cultivos, llámase rotación; y el encontrar la más apta para el suelo inglés le costó al duque de Norfolk (me parece recordar que éste era su nombre) no poco tiempo y dinero; y aquí venía una serie de curiosas anécdotas, contadas con el tono del que espera provocar una manifestación de extrañeza, para decir luego: "Y sin embargo, es así". Pero, por lo general, nadie se extrañaba de oír aquellas cosas de labios del profesor.

Mientras iba contando la historia de la rotación, describía el efecto de cada cultivo y las condiciones del terreno que exige, y supe entonces que las *tuberosas* (papas y compañía), así como la alfalfa, bonifican el terreno, y que las legumbres (porotos y hermanos), le enriquecen en ázoe. Su conclusión era que la rotación inglesa, independientemente de los abonos, mejora el terreno en un $2\frac{1}{100}$ cada año.

En el centro de la estancia levántanse los establos. Cuando se construyó en Inglaterra el primer ferrocarril, un rico estanciero (cuyo nombre no recuerdo) a fin de ahorrar tiempo, y aun cuando pudiera costarle más caro, decidió aprovecharlo para llevar sus reses al mercado de Londres. Grande fué su sorpresa al hacer el balance de fin de año y encontrarse con 35.000 libras de superávit, mientras esperaba una disminución de las ganancias. Y era que la carne que perdían antes los animales en el viaje a pie, pagaba los gastos del ferrocarril y daba además, una utilidad ingente. El descubrimiento fué aprovechado sin pérdida de tiempo. Se calculó la canti-

dad de carne que un animal consumía arando, en un día, y, como la carne vacuna cuesta diez veces más que la caballar, se sustituyeron los animales vacunos con caballos y mulos en las faenas agrícolas. Desde entonces no se crían bueyes en Inglaterra, sino para que den carne, ni vacas a no ser por la leche. Como todo movimiento se hace a costa de los músculos, para suprimir este desperdicio se condenan los bueyes a la inmovilidad. Un establo inglés es una larguísima galería, dividida, por bajos tabiques, en espacios iguales, uno para cada buey. Hállase éste encerrado en su división, frente a un gran pesebre que corre a lo largo de la pared.

Al cabo de una infinidad de experiencias, se logró descubrir qué clase de alimentos no deja desarrollar las astas ni el pelo, y hace que los huesos se queden en un estado cartilaginoso. En tal régimen, más que el pasto tienen parte las tuberosas de toda clase, cocidas en calderas de cemento, inmensas, que se levantan a los dos extremos del pesebre, una vez cocidas se les da paso por grandes portillos abiertos en las calderas. Allá es a donde han ido a parar las cataratas del diluvio.

Había que oírle describir la agitación de aquella interminable hilera de bueyes, el ansia con que a la hora de la comida miraban hacia las calderas y los sordos mugidos de placer al abrirse los portillos.

Para recrear la psiquis de aquellos pobres prisioneros, delante de cada uno se abre una ventana en la pared, con vidrios de colores. Atrás, en una acequia paralela a la pared, pasa sin cesar una corriente de agua limpia que arrastra los resultados de la crítica fisiológica a una inmensa cisterna, de donde unas bombas a vapor las esparcen por sobre todo el terreno de la estancia.

El resultado último es de que estos bueyes llegan a dar hasta 700 kilos de carne.

Seguía a la de los bueyes la historia de las ovejas y de cómo se consiguió que unas tengan la lana blanda y breve y las otras larga, para responder a todos los pedidos de la in-

dustria. Pero tales maravillas son aquí, en la Argentina, harto conocidas.

Continuaba luego con el cálculo del rendimiento; una hectárea de terreno da hasta 40 hectólitros de trigo; una vaca 20 litros de leche cada día, etc., etc.

Después, la crítica :la carne de los bueyes es excesivamente gorda, etc., etc.

Usted comprenderá que no me sea posible exponer en pocas páginas lo que no cabía sino muy comprimido en el curso de un año. Tenga en cuenta que no faltaba, después, una detallada enumeración de las diferencias que se notan de una a otra provincia, ya por la diversidad de los terrenos, ya por la diversa demanda de los mercados.

A renglón seguido del estudio de la agricultura venía el de la industria. La grandeza de Albión es hija de dos circunstancias especiales: su riqueza en carbón y su riqueza en hierro. La máquina a vapor debía dar naturalmente la supremacía industrial al pueblo más rico en carbón. Esto no solamente da mejores armas a Inglaterra en la lucha industrial, sino que hace depender de ella la industria de todos los demás países y la convierte en regulador de aquella actividad. Sólo después del 70 el hallazgo en Alemania de inmensos yacimientos carboníferos y minas de hierro, creó a Inglaterra una competencia seria. Hasta entonces hubo de luchar con Francia, la que, antes que el empleo proficuo de las máquinas, hacía valer sus cualidades particulares de buen gusto y elegancia y en la industria de lujo ocupa todavía el primer lugar (estas lecciones se dictaban en 1886); a ella debe París su ingente población.

La industria inglesa no es idealista; cuenta con la abundancia y excelencia de la materia prima y especula no tanto con la calidad como con la cantidad. Su lema es vender mucho y pronto. Salida de minoría, la industria inglesa adoptó el libre cambio. Es su política tradicional el esconder sus fines utilitarios bajo apariencias generosas que interesan al sentimiento; la Francia, víctima siempre de su entusiasmo, se dejó

seducir por algún tiempo; mas, cuando se igualaron las condiciones del combate entre Inglaterra y Alemania y esta última pudo alzarse gallardamente, gracias al proteccionismo, y cuando en el mismo mercado de Londres la industria inglesa se vió batida por la alemana, entonces Inglaterra estuvo a punto de cambiar de programa. Salió del atolladero acogiendo a los judíos que huían, perseguidos, de las monarquías danubianas, a condición de que se sometieran a un trabajo de 18 horas diarias por una libra esterlina. Más de 300.000 judíos se sometieron a tan duro pacto. Así fué cómo el algodón inglés no quedó derrotado por el alemán. El intenso empleo de maquinarias agrícolas puso, además, a disposición de la industria un pueblo entero de trabajadores. La proporción entre obreros y agricultores es como de 20 a 2 (en 1886).

El empleo de la fuerza hidráulica vincula la fábrica al suelo; el vapor, en cambio, permite plantarla en el mismo lugar del consumo y del intercambio. Esta es la causa del crecimiento monstruoso de las ciudades inglesas.

La industria de Inglaterra se ve favorecida admirablemente por lo complementario de las fábricas, ya que es materia del trabajo de una lo que del producto natural no utiliza la otra, y se basa sobre una extremada subdivisión del trabajo, cuyos efectos dañinos no se han podido neutralizar todavía. La división del trabajo llevada a tal extremo, no permite al obrero posesionarse de todo el arte a que se dedica y le quita la esperanza de adelantar. Establece, pues, dos castas: la de los que dirigen y vienen de la escuela y la de los obreros, sin que exista posibilidad de pasaje de una a otra. Por otra parte, la repetición perpetua del mismo acto y movimiento convierte al obrero en un autómatas; si se agrega al porvenir sin esperanza el ruido ensordecedor, la niebla que le quita durante tan larga parte del año el espectáculo de la naturaleza y le obliga a trabajar a la luz de las lámparas en pleno día, y mil cosas más que aquí paso por alto, se comprende que pierda todo amor a la vida y al ahorro y que no busque alivio sino en las excitaciones del alcohol. Sobre cien

obreros ingleses, no siempre uno llega a los 50 años. Y por tal razón no se logró hacer efectivas las leyes sobre pensiones.

La mayor inteligencia del obrero italiano y su fantasía le hacen muy refractario al influjo deletéreo de la fábrica inglesa; su sobriedad, su aversión a las bebidas alcohólicas, le permiten ahorrar parte del jornal, que comparado con el que recibiera en Italia es muy remunerativo. Y he aquí por qué el elemento indígena va escaseando en los establecimientos ingleses.

No cabe ahora repetir lo que nos decía con respecto a la organización de la venta y mil otras cosas más, pues sólo me propongo dar una somera idea de una parte del curso. Digo parte, porque lo que más deleitaba era la morfología del país y el reflejo de sus rasgos característicos en la historia y en el carácter del inglés. Así, para Savio, la unidad de la raza no era el punto de partida, sino el de arriba.

Mientras las naves de guerra eran, como las mercantes, de madera, las repúblicas italianas y España podían aspirar al señorío de los mares. El desarrollo de la artillería, que obligó primero a acorazarlas y luego a construirlas de hierro, dió el imperio del mar a la nación que lo poseía en mayor abundancia; y desaparecieron del número de las potencias marítimas Italia y España. Aquí, también, gracias a las minas inagotables que se hallaron en Alemania, se levantó contra Inglaterra un competidor terrible, resuelto, inteligente, con plena conciencia del fin a perseguir y de los medios conducentes a él. El programa alemán era sencillo y de éxito infalible: consistía en construir, cada año, uno o dos buques más que Inglaterra. Según los cálculos del profesor y dado que Inglaterra no se anticipara, el poder de ambas flotas debía equilibrarse hacia 1930, más o menos. Nosotros sabemos ahora que Inglaterra se anticipó, provocando la horrible guerra de la que acabamos de salir. El choque, según Savio, habría de tener lugar hacia 1930. No pueden impugnársele estos vaticinios, pues los publiqué en un diario italiano en 1900.

Querido amigo, pongo aquí punto final, y crea que más interesante aún era el estudio de la configuración del país, de los ríos, de los caminos naturales de los pueblos, de los mercados complementarios, de los orígenes y causas geográficas de la civilización y del papel que cada pueblo desempeñó en ella, etc... Nada le digo de la geografía física y astronómica, que era otro curso completo y valiosísimo; nada de la historia.

Si lo dicho le parece a usted común, estoy seguro de que cambiaría de opinión si tuviéramos tiempo y ganas de continuar analizando la metodología y las enseñanzas del gran profesor, a cuyo recuerdo hemos destinado este rato.



Francisco CAPELLO.